

en la planta. Y dicho principio vital siendo en todas estas tres clases de seres *realmente* distinto de la materia que informa y de todas sus energías físico-químicas, es sin embargo de mayor o menor perfección de espiritualidad, depende en más o menos de la materia a que va unido, según fuere la calidad del ser: conociéndose dicha mayor o menor perfección de espiritualidad por los efectos o fenómenos vitales del ser viviente observados por la *experiencia de los sentidos* y reducidos a sus causas necesarias por el *discurso de la sana razón*.

¿Ve, pues, como la razón filosófica descubre la existencia del alma (sin necesidad de verla), aunque no alcancen a encontrarla ni el bistoriador médico, ni todos los otros métodos e instrumentos de las ciencias experimentales?...

J. C. P.

## EL AGUA DE LA VIDA

(Conclusión)

No quería el príncipe presentarse a su padre sin sus hermanos y le dijo:

—Enano querido, ¿no puedes decirme en dónde están mis hermanos? Han salido antes que yo para buscar el agua de la vida y no han vuelto.

—Están prisioneros entre dos montañas—contestó el enano—allí yo los tengo encantados porque eran tan orgullosos.

Rogó mucho el príncipe hasta que el enano los soltó, pero diciéndole:

—Guárdate de ellos, tienen mal corazón.

Mucha alegría tuvo al llegar sus hermanos y contándoles como encontrara el agua de la vida y la llevaba en una copa consigo, y libertara a una hermosa joven que durante un año largo lo esperaba, y después se casarían, y él obtendría un gran imperio. Cabalgaron juntos los hermanos, y llegaron a un país, en donde había hambre y guerra, y el rey estimaba perecerían, tan grande era la necesidad. Fué a encontrarlo el príncipe y dióle el pan, y con éste todo el imperio comió y se sació, y dióle después también la espada, y con ella derrotó al ejército enemigo, y pudo en tranquilidad y paz vivir. El príncipe se hizo otra vez cargo del pan y de la espada, y continuaron el camino los tres hermanos. Pero llegaron a otros dos países en donde reinaba el hambre y la guerra, y dió el príncipe a cada rey el pan y la espada, y así salvó a tres reinos. Y después se embarcaron y viajaron por mar. Durante el viaje los hermanos mayores se dijeron:

—Nuestro hermano menor ha encontrado el agua de la vida y nosotros, no, por lo que nuestro padre le dará el imperio, que nos pertenecía y nos robará la felicidad.

Pasión de venganza les vino y se concertaron para perderlo. Esperaron para más seguridad a que durmiese, y vaciaron la copa del agua de la vida, y se guardaron el agua, y la copa la llenaron del agua amarga del mar.

Llegados a palacio, llevó el hijo menor al rey enfermo su copa para que bebiese y recobrarla la salud. Pero apenas bebida un poco la amarga agua del mar, se puso más enfermo. Y como se lamentase, vinieron los hijos mayores y acusaron al menor de intento de envenenamiento, y trajeron la verdadera agua de la vida y se la ofrecieron. Apenas la hubo bebido le desaparecía la enfermedad y era fuerte como en su juventud. Después dirigiéndose ambos hermanos al menor le dijeron mofándose:

—Tú has hallado en realidad el agua de la vida, pero has pasado la pena y nosotros hemos obtenido la recompensa; hubieses sido más espabilado y no hubieses cerrado los ojos, no te habríamos robado el agua mientras dormías, y al cumplirse el año será para uno de los dos la hermosa hija del rey. Pero guárdate que nos descubras, pues como padre no te cree de nada, si dices una palabra, además de esto debes perder la vida; si callas, te haremos un regalo.

El anciano rey estaba muy enfadado con su hijo menor por creer que había intentado matarlo. Por eso hizo reunir el tribunal y juzgar el hecho y cumplir la sentencia. En estando el príncipe de caza, y nada malo sospechase, debía el cazador del rey matarlo de un tiro. Fuera, cuando solos estuvieron en el bosque, el cazador se mostraba triste y preguntóle el hijo menor del rey:

—Querido cazador, ¿qué te falta?

El cazador contestó:

—No puedo decirlo y he de ejecutarlo.

A esto replicó el príncipe:

—Dime de que se trata y te perdono.

—Ah—suspiró el cazador—debo mataros de un tiro, porque el rey me lo ha mandado.

Se espantó el príncipe y dijo;

—Buen cazador, déjame vivir: te doy mi vestido de príncipe y dame en cambio el tuyo usado.

—Gustoso lo hago—contestó el cazador—así no tendré que disparar sobre su real persona. Cambiaron los vestidos y el cazador volvió al palacio, y el príncipe fuése más lejos, internándose en el bosque.

Algún tiempo después, llegaron al anciano rey tres carros con oro y piedras preciosas con destino a su hijo menor: procedían de los tres reyes que con la espada del príncipe habían podido vencer al enemigo y con el pan aplacado el hambre de sus imperios, y el regalo era muestra de su agradecimiento. Con esto, pensó el anciano rey, si su hijo menor sería inocente, y lamentábase diciendo: ojalá viviese; como me pesa haberlo yo hecho matar.

—Vive todavía—dijo el cazador;—no pude resolverme a ejecutar vuestras órdenes,—y narró lo sucedido.

Al oír la noticia, quedó el rey como si le hubiesen arrancado del corazón una piedra que se lo oprimía, y mandó anunciar en todas las provincias de su reino, que su hijo podía volver a su lado y alcanzaría el perdón.